

Intervención Territorial y Padecimiento Subjetivo.

Neoliberalismo y padecimiento subjetivo

Durante las últimas décadas, nuestras sociedades latinoamericanas sufrieron y sobrellevaron procesos de devastación, acoso y violencia que generaron marcas subjetivas relevantes. De esta manera surgieron más y nuevas formas de padecimiento con la consecuente aparición de nuevas demandas en diferentes espacios institucionales. De este modo, la Salud Mental como campo se presenta como un lugar en el que éstas han cobrado cierta particularidad.

Los terrorismos de Estado y de Mercado produjeron distintos procesos y formas de fragmentación social. La sociabilidad fue atravesada por ésta, haciendo que la incertidumbre atravesara las nociones de proyecto colectivo y futuro, formando muchas veces formas de ajenidad y aislamiento que se transformaron en dolor.

La quiebra del lazo social forjó -y aún expresa- dificultades de pertenencia y construcción de identidades asentadas en lo colectivo, en lo histórico y en la memoria. Las trayectorias, los proyectos, las perspectivas, se transformaron en individuales. De ese modo, las sociedades se fueron ordenando y disciplinando desde la lógica del mercado y desde allí construyeron nuevas formas de control que pasan por lo individual. La ética, al ser absorbida por el marketing, cambió las preguntas acerca de lo necesario hacia la sociedad por lo conveniente hacia el individuo, ratificando -desde otro lugar- su soledad y aislamiento.

La ausencia del todo social como un espacio de arraigo y contención se trocó por pautas de consumo que intentaron construir nuevas formas de identidad, ahistóricas y asociales, centradas en una idea de puro presente que se ratificaba en la ausencia de futuro.

La crisis de los espacios de socialización como la familia, el barrio, la escuela, la universidad, el trabajo, construyó otras expresiones de la incertidumbre, ratificando a la competencia como único sentido o promesa de seguir perteneciendo para no caer en la oscuridad de la desigualdad o la exclusión social.

El neoliberalismo impuso, como discurso único, aquello de que la realización personal se consigue a través de la satisfacción de los pequeños propósitos personales de cada individuo. La propuesta se completa desde la idea de que no debe pensarse en beneficios para los demás, sino solamente el propio y de este modo es posible acercarse a un fin último: la propia sobrevivencia y la propia felicidad **-I-**.

Todas estas cuestiones construyeron nuevos padecimientos y demandas hacia el campo de la Salud Mental, que no se incluyeron claramente en los tratados de clasificación de enfermedades mentales. Ingresaron en ellos de manera sutil, para ser lentamente cooptados por la industria farmacológica y el encierro en el manicomio, introduciéndose sigilosamente en protocolos de prácticas generadores de más dolor y aislamiento.

La violación de derechos, los itinerarios personales signados por la angustia del aislamiento, las inscripciones del abandono y la desigualdad, fueron despojados paulatinamente de su condición histórica y social y un neopositivismo intentó -e intenta- explicaciones de orden genético, farmacológico, pero también moral. Estos procesos tienen un claro lugar designado de intervención: las instituciones cerradas.

De esa forma, en los escenarios actuales, la Salud Mental Comunitaria no es sólo una modalidad más de acción sino una posibilidad de resignificar -desde el territorio- alternativas de construcción de nuevas formas de comprensión y explicación del padecimiento subjetivo, para, desde allí, elaborar estrategias de intervención social.

El territorio como lugar de intervención social

Es posible entender al territorio como un lugar cargado de significaciones. De esta forma el territorio se convierte en un espacio de construcción de sentidos, a través de imágenes, metáforas y mitos. El territorio como lugar también implica algo que puede entenderse a partir de dimensiones que se construyen desde la percepción. También, un lugar puede construirse a través de la memoria. Así, el territorio se transforma en una construcción en la que la coexistencia y el entorno construyen diferentes formas de significación.

El territorio le confiere sentido al lugar. De la misma manera, desde el relato se construye una forma de demarcación cartográfica de éste, generando más y nuevos sentidos que van desde los bordes y los márgenes a lo que transcurre dentro de él. También es determinado por distintos grupos sociales, que como consecuencia de procesos históricos, construyen simbiosis, encuentros y desencuentros.

El territorio, desde una perspectiva conceptual, hace referencia a diferentes elementos presentes en él, tanto de carácter material como simbólico. Posee de esta manera, una propia narrativa que implica su constitución singular. Los territorios no podrían existir sin relatos, serían sólo una serie de frías descripciones de catastros municipales, ausentes de sentido, zonas grises sin historia, identidad o pertenencia. Así, el territorio no se restringe a su connotación geográfica o espacial, sino que también contiene componentes relevantes como lo organizativo, lo económico, lo social y lo ambiental.

De esta manera, el territorio, puede ser comprendido como una construcción social, colectiva e histórica, que se encuentra en un permanente proceso de mutación a partir de quienes lo habitan, lo transforman y son transformados por éste.

En ese juego de interacciones es que se elaboran estrategias de constitución y sentido de la vida cotidiana; en definitiva, distintas expresiones materiales y simbólicas de los lazos sociales que implican una dimensión relacional sumamente compleja y profunda.

Es allí, dentro del territorio, donde se construye la singularidad del mismo, donde es posible, a través de la reparación del lazo social, una nueva conexión con lo propio, con lo histórico, con la cultura, con aquello que la lógica de mercado obturó, separó y transformó en un sinsentido.

Territorio Salud y Comunidad

La noción de Territorio, en términos de intervención social, puja con la de comunidad que, según la OMS (Organización Mundial de la Salud, 1998) sería básicamente:

“Grupo específico de personas, que a menudo viven en una zona geográfica definida, comparten la misma cultura, valores y normas, y están organizadas en una estructura social conforme al tipo de relaciones que la comunidad ha desarrollado a lo largo del tiempo”.

Por otra parte, algunos territorios se van construyendo desde procesos de cooperación. Y otros, a partir de situaciones de conflicto de diversa índole. Una mirada a la conflictividad territorial permite aproximarse a las características de los mismos, desde diferentes aspectos.

Por otra parte, la noción de territorio se entrelaza con la de salud que definía Floreal Ferrara:

“Nuestra definición de salud es que el hombre y la mujer que resuelven conflictos están sanos. La salud es la lucha por resolver un conflicto antagónico que quiere evitar que alcancemos el óptimo vital para vivir en la construcción de nuestra felicidad, No tiene nada que ver con esa definición como “completo estado de bienestar físico mental y social” que

utilizábamos en aquellas épocas, surgida de los organismos internacionales de salud” (Ferrara, Floreal, 2010).

Asimismo, siguiendo a este último autor, se podría afirmar que la salud es como el río de Heráclito, nunca es la misma, es decir que está siempre asociada a aquello que está ocurriendo. De este modo, Floreal Ferrara plantea una lectura que se acerca a entender el proceso *salud enfermedad* desde lo colectivo. Pero también propone una discusión que puede ser interesante: invita a oponer la idea de conflicto a la de equilibrio que expresada por la OMS. Es decir que no es el conflicto lo que define la enfermedad o el padecimiento, sino que justamente es el bloqueo de los conflictos lo que los certifica. En otras palabras, una sociedad que no construye su salud, que no se organiza, que no disputa por ella: está enferma.

A partir de esa configuración tal vez sea posible revisar las formas de intervención en Salud Mental Comunitaria, analizando desde una perspectiva crítica las prácticas de Intervención a través de redes, servicios, instituciones y recursos territoriales, dando lugar a la emergencia de un sujeto que no es el “esperado” por la mayoría de las instituciones, que atraviesa recorridos institucionales que lo fueron desgastando y desencantando, construyendo más y nuevas formas de abordaje, revisando las prácticas clásicas, intentando construir otras que puedan recuperar a ese Otro como lugar de verdad.

Debe entenderse que las trayectorias son singulares y se construyen a través de nuevas y viejas expresiones del padecimiento, que fueron acrecentadas en las diferentes formas del relato neoliberal.

Territorio y Subjetividad. Recuperando modalidades de intervención social.

Los territorios en los que se llevan adelante las prácticas de salud aún tienen las marcas o se encuentran arrasados y erosionados por los terrorismos de Estado y de Mercado. Estas cuestiones muestran nuevas formas de construcción de sociabilidad, subjetividad y padecimiento.

De ese modo, el territorio se transforma en el lugar del acontecimiento, lo construye como tal, le confiere características singulares, requiriendo de miradas que aporten elementos para comprender y explicar lo que surge de manera constante y se imprime en la identidad de quienes lo habitan.

Desde esta perspectiva, se es el territorio. Éste es transformado y transforma, pero a partir de que está atravesado por múltiples significaciones, esencialmente construye subjetividad. Así, el territorio deja de ser una zona, espacio o área definidos desde lo geográfico, para convertirse en parte de un dispositivo de intervención social que implica nuevas alternativas a la resolución del malestar y el padecimiento que se generan a partir de la fractura del lazo social, la exclusión, la pérdida de identidad y pertenencia colectivas.

El territorio se transforma en una posibilidad de disrupción, en la que el equilibrio deja de ser un fin en sí mismo, proponiendo otros horizontes quizás más cercanos a la búsqueda de nuevas formas de integración de la sociedad.

La Intervención también puede ser entendida como la posibilidad de desarmar, construir, para armar de nuevo a través de la recuperación de lo público, del espacio, para que éste sea nuevamente transformado, esta vez por nuevas lógicas que recuperen la condición histórica y social de los sujetos de intervención.

Desde una perspectiva territorial, la intervención social se vincula con la búsqueda de nuevas conexiones, encuentros y diálogos. De este modo, por ejemplo, las artes como el teatro, el cine, los murales, la música, se transforman en instrumentos de recuperación del lazo social perdido, de convocatoria a nuevas formas de relación social, dando otros lugares para la palabra, la mirada y la escucha, elaborando de esa forma nuevas instancias de intersubjetividad, tal vez alejadas de la

incertidumbre y el individualismo que caracterizan a las sociedades donde el mercado funciona como un Leviatán.

La intervención social se constituye así en un espacio de diálogo, reencuentro entre sujeto y territorio, con su propia historia colectiva, con ese otro que lo complementa, con la cultura y el lazo social que lo contiene y lo configura dentro de una comunión de sentido.

En este aspecto, la Intervención Social se transforma en una especie de catalizador, de fermento que facilita o acelera esos encuentros en la medida que hace ver el conflicto desde su sentido, su significado histórico social, sus conexiones causales y sus posibilidades de resolución, tomando algunos elementos de la Educación Popular, reconociendo que el saber está en el medio que nos rodea, pero fundamentalmente en ese Otro, segregado, excluido, oprimido.

La Intervención en Salud Territorial tiene la posibilidad de generar nuevos intercambios, espacios, lógicas, en espacios de socialización desgastados y a veces ausentes de sentido, construyendo otros, recuperando historias y sentidos:

“...Quizás el desafío de estos tiempos, entonces, esté dado en las formas de que seremos capaces de construir como sociedad, que permitan llevarnos a ese proceso de “desalambrar la comunicación” y por ende desalambrar nuestras formas de pensar y nuestras formas de construir sentido...” (García, Alejo, 2010).

En síntesis, podemos verlo como un dispositivo que hace visible las capacidades, habilidades, lo solidario o lúdico, lo histórico y lo expresivo que posee cada territorio, cada individuo en su conexión con los otros allí donde se proponga un desorden, donde lo que se presenta como aparente -desde el orden de lo real- pueda ser dicho desde otro lado.

De esta manera, la palabra se transforma en un territorio compartido, donde tal vez quien relata aprende de su propia vida, intentando leer los fenómenos sociales en su multiplicidad de similitudes y des-semejanzas, en lenguajes reveladores de identidad (Coutinho, Eduardo, 2015).

Si el territorio es también historia, tiene inscripto en sí mismo las dificultades y también las posibilidades de resolución de los problemas. En la actualidad, la realidad se presenta como entreverada y compleja, pero quizás pueda ser dilucidada a través de formas de conocimiento que no busquen la exactitud objetiva sino formas de aproximación subjetiva que puedan dar cuenta de parte de las imágenes y los sueños que nos rodean. Así, tal vez sea posible pensar nuevas formas de conocimiento de que construyan relatos surgidos de la subjetividad de los actores sociales, dado que la confusión que signa los espacios actuales de intervención requiere de nuevas historias que dialoguen con las viejas, pero también de prácticas que puedan emerger a través de otras formas de expresión en las que la construcción de nuevas subjetividades se constituya en forma de lazo social, en una nueva forma de relación con uno mismo, los otros, la naturaleza y lo sagrado.

Desde una perspectiva territorial, la intervención en lo social implica salir a buscar y despertar las historias y significados que recorren las calles. Las historias del territorio también son las puertas de acceso a los barrios, las calles y las plazas, como así también a la ciudad en general. (Carballeda, Alfredo, 2015).

De ahí que la Salud Mental en Territorio implique una búsqueda diferente orientada a las solidaridades, a la recuperación de las formas de protección social, entendiendo al lazo social como una forma de respuesta, reencuentro, visibilidad y reconfiguración situada de presupuestos y categorías, tratando de construir acontecimiento, como una alteración única cuyos efectos pueden tener la capacidad de transformar el sentido de lo histórico, lo social y lo político.

Notas

-1- Carballeda, Alfredo. ¿Es la virtud del egoísmo? En Bitácora Margen www.margen.org, 2015

Bibliografía

Carballeda, Alfredo. La intervención en lo social como proceso de análisis. Espacio. Buenos Aires. 2013.

Carballeda, Alfredo. El Territorio como relato. Margen. Revista de Trabajo Social N° 72. 2015.

Coutinho, Eduardo. Cine de Conversación y antropología salvaje. SADOP. Buenos Aires 2013.

Dussel, Enrique. El encubrimiento del otro : hacia el origen del mito de la modernidad. Plural Editores 1994.

Deleuze, Gilles ." Posdata sobre las sociedades de control" en Christian Ferrer(comp.). El lenguaje literario. Editorial Nordan. Montevideo. 1991

Página 12. Buenos Aires.19 de Abril de 2010. Ferrara, Floreal “La salud es la solución del conflicto”

García, Alejo. “Creando Zonas Liberadas”. Artículo publicado en el diario “Página 12” del 14 de abril de 2010.

OMS. Promoción de la Salud, Glosario.1998

Rebok, María Gabriela. La actualidad de la experiencia de lo trágico y el paradigma de Antígona. Biblos. Buenos Aires 2012.